

# Del vínculo humano con los animales de compañía al impacto emocional por su pérdida

*Ximena Cartolin Aguilar<sup>1</sup>, Ana Patricia Herrera Espinoza<sup>2</sup>,  
Daphne León Córdova<sup>3</sup>, Néstor Falcón Pérez<sup>3</sup>*

## Resumen

El impacto que tienen los animales de compañía en la vida de las personas que asumen su cuidado y están a cargo de ellos, ha venido aumentando en importancia; situación que se evidencia con el dolor que puede sentir esta persona cuando un animal de compañía se pierde o fallece, puesto que la vida de los animales de compañía es relativamente corta y la mayoría de los dueños expe-

rimentan la muerte de uno o varios animales de compañía antes de que incluso experimenten la pérdida de un familiar o amistad. En este contexto, el objetivo de la presente revisión busca aportar información sobre la importancia que tiene un animal de compañía y el impacto de la muerte o pérdida del mismo. Esta revisión no pretende ser excluyente de otras que sobre el tema se realicen con visiones diferentes.



*Ximena, autora principal del artículo con su animal de compañía.*

<sup>1</sup> Grupo de Salud Pública Veterinaria (SAPUVET-PERÚ).

<sup>2</sup> Oficina de Tutoría Académica y Consultoría Psicológica.

<sup>3</sup> Laboratorio de Epidemiología y Salud Pública en Veterinaria. Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia - Universidad Peruana Cayetano Heredia.

## Introducción

Dentro de los animales de compañía, los canes son los que se encuentran con mayor frecuencia en los hogares de Lima y probablemente en diferentes regiones del Perú y Latinoamérica, seguido de los gatos (Llalla, 2012). Los cambios sociales contemporáneos pueden explicar, en parte, la creciente importancia de los animales de compañía; asimismo, la vida estresante y frenética ha producido en la sociedad la necesidad de contar con espacios de relajación, alegría y despreocupación, los cuales en gran medida son proporcionados por la interacción con los animales de compañía (Walsh, 2009).

El hombre se relaciona de diversas maneras, bien sea con otras personas o especies; la domesticación es la manera más antigua y fuerte de establecer esta interacción. La domesticación de los animales fue un proceso interactivo de mutua cooperación y co-evolución basada en una necesidad compartida de vivienda, alimento y protección (Serpell, 2008). La evidencia arqueológica revela que hace 9 000 años, tanto los perros como los gatos asumieron roles cruciales en el desarrollo de comunidades agrícolas. Los perros ayudaban en el pastoreo y en la agricultura, mientras que los gatos eliminaban los roedores que traían enfermedades y amenazaban el grano de las cosechas. Aunque fueron tratados como subordinados de sus amos humanos, ambas especies fueron cobrando cada vez más valor como compañeras (Walsh, 2009).

## La interacción humano-animal y el proceso de domesticación

El proceso de domesticación involucra aspectos biológicos y culturales y toma lugar cuando los animales domesticados se incorporan a la estructura social del grupo humano y llegan a ser objetos de propiedad (Clutton-Brock, 2012). Un claro ejemplo son los cánidos salvajes los cuales dieron origen al perro, no solo porque sus características físicas y de comportamiento cambiaron, sino también porque estos cambios se dieron tras la adap-

tación del animal a fines materiales, estéticos y rituales de las comunidades humanas (Irvine, 2008)

Irvine (2008) señala que el perro fue una especie adecuada para el proceso de domesticación por varios aspectos como el ser gregario y fácil de controlar en grupos; tener un período largo de cachorro en el que puede crear vínculos con los humanos; su intenso interés en el juego; de joven es visto como ser dependiente que provoca cuidar y darle afecto; al igual que el humano es de actividad diurna y descansa en la noche; que despierta en una gran cantidad de personas la tendencia a antropomorfizar, condición necesaria para establecer lazos cercanos y, porque es una especie comunicativa que tiene expresiones que los humanos creen entender.

En el caso de los gatos, en el curso GECAF (2018) se menciona que de acuerdo con el Dr. Pageat el periodo de socialización del gato es más corto y que a estos animales no les interesaría vincularse con las personas sino más bien con el territorio que ambas especies puedan compartir. Clutton-Brock (2012) menciona que estos animales duermen durante el día, pero también tienen, en la mañana y noche, periodos de actividad para interactuar con las personas, así como por su pequeño tamaño y porque son juguetones y esto facilita el vínculo. Sin embargo, la incorporación de los gatos a la vida humana es distinta a la de los perros. Los primeros a diferencia de los perros son territoriales, les gusta la comodidad, y aunque tienen una relación simbiótica con los humanos, se mantienen como cazadores solitarios e independientes.

Existen cuatro principios básicos de la interacción persona-animal que permiten el establecimiento del vínculo entre ambos. Estos principios son: seguridad, intimidad, afinidad y constancia. La seguridad se refiere a la salvaguarda y protección de los humanos, mediante acciones de los animales. Aparte de ofrecer seguridad, la presencia de animales de compañía tranquiliza a su dueño y mejora la percepción de las relaciones sociales y de las personas que van con ellos y la persona puede fácilmente reemplazarlos (Katcher, 1993).

El efecto de intimidad entre dueño y animal de compañía ocurre de manera espontánea. El dueño habla y lo acaricia, con un lenguaje corporal relajado que se da solo cuando aquel lo quiera y necesite, ya que el animal, siempre está dispuesto a jugar y a ser acariciado. La afinidad se ve fuertemente soportada en la capacidad de comunicación entre humanos y animales. Los perros han mostrado una habilidad especial para comprender señales esencialmente no verbales de los humanos que han constituido la base de múltiples tipos de relaciones entre estas dos especies (Bentosela & Mustaca, 2006). A través de la constancia, empeño y paciencia, los dueños establecen fácilmente una relación con sus animales de compañía; los consideran como parte de su familia, como un hijo o como un amigo muy especial. Muy frecuentemente los animales de compañía ocupan un lugar muy importante en las vidas y actividades de sus propietarios.

El animal de compañía se define como aquel que se encuentra bajo control humano, vinculado a un hogar, compartiendo intimidad y proximidad con sus cuidadores, y recibiendo un trato especial de cariño, cuidados y atención que garantizan su estado de salud (Bovisio *et al.*, 2004).

## El vínculo humano con los animales de compañía

No todas las interacciones entre un animal-humano pueden ser tomadas como si existiera entre ellos un vínculo adecuado, al que se espera. Algunas de estas relaciones son puramente utilitarias como la que existe típicamente entre un ganadero y sus reses. En el pasado, los animales eran de gran utilidad como compañeros de caza, en el mantenimiento de la temperatura corporal y para una pronta detección del peligro (Robinson, 1995); tales razones parecen tener una menor importancia en la actualidad, particularmente en las ciudades. El hecho de que este vínculo haya superado el paso de cientos de años y cambios tecnológicos y culturales sugiere que normalmente sirve a importantes necesidades humanas (Staats *et al.*, 2006).

Un vínculo que se establece a partir de la persona se caracteriza por una interacción afectiva especial y duradera con un individuo único, no intercambiable con otro (Ainsworth, 1991; Carrillo & Gutiérrez, 2000). Los animales de compañía pueden generar un vínculo de apego emocional importante puesto que promueve una sensación



*El vínculo con los animales de compañía es cada vez mayor, muestra de actividades y espacios compartidos entre persona y animal.*

de seguridad y bienestar. Este apego normalmente puede lograr en las personas algo que resulta difícil de alcanzar o mantener en las relaciones humanas: un vínculo de pureza, el cual se basa en una aceptación incondicional (Sharkin *et al.*, 2003).

Los animales de compañía dentro de una familia transmiten además de un sentimiento de compañía, valores como el amor incondicional, la fidelidad, la alegría y la disciplina; valores que enseñan tanto a niños como a adultos. A ello, se suman las actividades de esparcimiento, conversaciones amistosas y ejercicio cotidiano, además de la relajación y el alivio de las presiones que provee su compañía. Una serie de estudios demuestran el impacto positivo de los animales de compañía en hacer frente a condiciones crónicas y en el curso, así como en tratamientos de enfermedades (Friedmann & Tai, 2006; Johnson *et al.*, 2005). Hoy en día el rol que tienen es de aporte terapéutico, fisiológico, psicológico y psicosocial (Wood *et al.*, 2005).

En el aporte terapéutico existen dos tipos de tratamientos, terapia asistida emocional o terapia física. La terapia asistida emocional consiste en la introducción de los animales de forma permanente o regular en el entorno de una persona para establecer una unión afectiva con ella, lo cual ha sido utilizado en pacientes con SIDA, enfermedad de Alzheimer y diversos trastornos psicológicos (Soares, 2006) y la terapia física es la que involucra animales para tratar algunos aspectos de la salud física humana, como los relacionados con el sistema locomotor y el sistema nervioso central, lo cual ha sido utilizada en pacientes con Síndrome de Down, esclerosis múltiple y trauma cerebral (Oropesa, 2009).

En cuanto al aporte fisiológico, la tenencia de los animales de compañía es un factor protector contra las enfermedades cardiovasculares, pues reducen la presión arterial (PA), las frecuencias cardíaca y respiratoria, la ansiedad y el estrés, en niños y en adultos, por igual. Acariciar un animal de compañía libera endorfinas lo cual disminuye la concentración plasmática de cortisol, reper-

cutiendo positivamente en el estado de ánimo y proporcionando sensación de bienestar (Odenaal, 2000).

En la parte psicológica, reducen el sentimiento de soledad e incrementan el de intimidad, lo que estimula a la conservación de la vida en personas enfermas (Gómez *et al.*, 2007). Los animales de compañía están asociados con un aumento de la autoestima, satisfacción con la vida, estados de ánimo positivos y niveles de soledad más bajos (El-Alayli *et al.*, 2006). McConnell *et al.* (2011) encontró que los animales de compañía representan una fuente de respaldo social y emocional para sus dueños (sanos o enfermos), quienes son más felices, saludables, tienen mayor autoestima y aptitud física, se sienten menos solitarios y temerosos, y están menos preocupados que los que no tienen estos animales.

En cuanto al aporte psicosocial, promueven la relación y socialización entre las personas desconocidas, que se vuelven más solidarias y comunicativas y facilitan la comunicación entre distintas generaciones por ser un foco de interés común, así como la participación en actividades recreativas (Jofré, 2005).

## **Impacto de la pérdida de un animal de compañía**

Existe un énfasis que se destaca notablemente y que se enfoca en la relación que construimos con nuestros animales de compañía. Sin embargo, usualmente aprendemos a una edad temprana que estas queridas criaturas no viven tanto como nosotros. La pérdida de un animal de compañía en la niñez es mucho más que nuestra primera experiencia cara a cara con la muerte y, a menudo afecta y repercute en la forma como nos afligirá en la etapa adulta (Podrazik, *et al.*, 2000).

Según Cowles (1985), el tipo y grado de apego entre el dueño y su animal, determina el impacto emocional en el propietario después de la muerte de su animal. Las personas forman vínculos emocionales con sus animales de compañía, y estos apegos son a veces muy especiales y diferentes de los que se forman con otras personas o entre

personas. El cambio más importante en la relación humano-animal contemporánea es la significación del animal de compañía como miembro de la familia. A través de las prácticas los cuidadores establecen relaciones muy estrechas que denotan la identificación de estas especies como parte de la familia. Similar a otros estudios (Fox, 2006; Johnson, 2009), buena parte de los participantes tendieron a ver a los perros y a los gatos como a sus propios hijos o como sustitutos de los niños; otros, los describen como hermanos o figuras parentales y en algunos casos, como amigos compañeros o cómplices. Más del 85% de las personas reportan síntomas de duelo a la muerte de su animal de compañía y más de un tercio sienten pena y dolor hasta los seis meses (Wrobel & Dye, 2003).



Quackenbush & Graveline (1984) detectaron que a diferencia de lo que sucede en el caso de las pérdidas humanas, la culpa toma una figura relevante siempre que se produce un proceso de duelo tras la muerte del animal de compañía. Existen muchos casos en donde sabemos la situación de su animal de compañía y estamos preparados para lo que sucederá más adelante, pero con una pérdida repentina e imprevista, las personas no tienen tiempo para prepararse emocionalmente ni poder despedirse y es por eso que la pérdida de un animal de compañía suele ser en estos casos más profunda (Toray, 2004). La intensa culpa que vive el dueño se debe al tipo de vinculación que ha establecido el propietario con el animal y en los casos asociados a una muerte intempestiva y trágica como sucede en un accidente automovilístico (atropello) comúnmente provoca un sentimiento condenatorio por lo sucedido (Planchon *et al.*, 2002).

La muerte por eutanasia puede complicar la reacción del propietario pudiendo afectar en su intensidad de dolor y duración y aumentar la inquietud pues no sabe si la decisión que tomará será la correcta y es ahí cuando el dueño debe pensar por el bien de su animal (Sharkin & Knox, 2003). Estudios encuentran que, para la mayoría de las personas, la eutanasia es la mejor decisión cuando el animal sufre (Meyers, 2002). En el caso de una desaparición en donde se desconoce el destino del animal de compañía, el conflicto se vuelve interno, traduciéndose en angustia e incertidumbre principal y comúnmente algunas personas tienen la esperanza de que regrese mientras que otros aceptan la pérdida como definitiva y se aflige, pero sigue adelante (Boss, 1999). En caso de una separación forzosa el dueño sufre por la renuncia del animal, generándoles un sentimiento de preocupación (Walsh, 2009).

### **Duelo ante la pérdida de un animal de compañía**

Se debe tener en cuenta que el bienestar del animal dependerá completamente de su propietario por lo que habrá un sentido de responsabilidad muy grande acerca del bienestar que aumenta los

sentimientos de culpabilidad tras la muerte, teniendo la sensación de que se pudo haber hecho más (Hunt & Padilla, 2006). Esta repercusión de sentimientos lleva a una pena que suele implicar una preocupación por lo que le sucedió al animal de compañía, afectando la capacidad del dueño para poder concentrarse en otras cosas y seguir (Sharkin & Knox, 2003).

Se tiende a pensar en el duelo, como una reacción de forma natural, solo en el contexto de la muerte de un ser querido, pero también suele producirse como reacción ante la pérdida de una persona amada o de alguna abstracción que ha ocupado su lugar, como la patria, la libertad, un ideal, entre otros. Sin embargo, también se evidencia el proceso del duelo por la pérdida de un animal, objeto o evento significativo en la cual se genera una reacción emocional y de comportamiento en forma de sufrimiento y aflicción (Meza, *et al.*, 2008).

Hay que tener en cuenta el duelo no reconocido por la sociedad puesto que genera una complicación en el proceso normal del duelo. Las personas se pueden sentir obligadas a actuar de forma normal (como si nada hubiera sucedido) rápidamente tras la pérdida, o podrían negarse a compartir cómo se sienten o a pedir ayuda si lo necesitaran por el miedo a ser juzgados (Durkin, 2009). El no reconocimiento del duelo tras la pérdida de un animal de compañía podría desencadenar el desarrollo de un duelo complicado o no resuelto (Kaufman y Kaufman, 2006).

El duelo tiene muchas fases, pero no todas las personas las experimentan ni en el mismo orden. Las fases incluyen rechazo, enojo, culpa, depresión, aceptación y resolución. El rechazo: las personas

no pueden aceptar el hecho de que el animal ha muerto o que esa muerte era inevitable. A menudo, mientras más repentina sea la muerte, más difícil será de aceptar la pérdida y más fuerte será el rechazo. El enojo y la culpa generalmente vienen tras el rechazo, en donde el enojo llega a estar dirigido hacia las personas que normalmente uno ama y respeta, incluyendo familiares, amigos u otras personas vinculadas a la muerte (AVMF, 2009).

El sentimiento de culpabilidad en el propio dueño o hacia otras personas suele presentarse por diferentes motivos: por no haber detectado la enfermedad a tiempo, no haber hecho algo pronto, no haber sido capaz de pagar otros o más tratamientos, o por haber sido descuidado y permitir que el animal se lastimara.

La depresión es el sentimiento común que se experimenta después de la muerte de un animal de compañía. Se expresa a través de la caída constante de lágrimas, sensación de nudos en el estómago y que se ha ido toda la energía, entonces las tareas cotidianas parecen imposibles de realizar y la persona se siente apartada y sola. Con el tiempo la persona podrá hacerse a la idea y asumir sus sentimientos. El propietario puede comenzar a aceptar la muerte de su animal. Finalmente, la resolución se presenta cuando la persona ya puede recordar a su animal y sus momentos con este sin sentir esa intensa aflicción y el dolor emocional que sintió anteriormente. La aceptación y la resolución no significan que la persona dueña del animal de compañía ya no tendrá sentimientos de pérdida, más bien ha aceptado el hecho de que su animal se fue (AVMF, 2009).

## Conclusión

Desde amar a un animal de compañía, beneficiarse de su compañía y hasta sufrir por su pérdida, son ejemplos de situaciones e implicaciones establecidas que dejan entrever que la interacción humano-animal cada día va creciendo. Esto debe de ser adecuadamente direccionado a fin de que la misma no se convierta en problemas de orden psicosomáticos y la misma debe de estar dentro de las normas de una adecuada tenencia responsable a fin de evitar daños a sus propios dueños o a la salud pública en general.

## Literatura citada

- Ainsworth, M. 1991. Attachment and other affectional bonds across the life cycle. En C.M. Parkes, J. Stevenson-Hinde & P. Morris (Eds.), *Attachment across the life cycle* (pp. 33-51). New York: Rutledge.
- [AVMF] *American Veterinary Medical Foundation*. 2009. Como Comprender sus Sentimientos por la Pérdida. Cuando su Animal Muere, pp 1-2.
- Bentosela, M. & Mustaca, A. E. (2006). Comunicación entre perros domésticos (*Canis familiaris*) y hombres. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39, 375-387.
- Boss, P. 1999. *Ambiguous Loss: Learning to Live with Unresolved Grief*. Cambridge, Ma: Harvard University Press.
- Bovisio, M., Fracueli, M. C., González, B. B., Lencinas, O. E., Mestres, N. A., Varela, A. S. y Marcos, E. R. 2004. Características de la Convivencia Humano-Animal en la Ciudad de Buenos Aires y su Relación con la Prevención de Zoonosis.
- Carrillo, S. & Gutiérrez, G. 2001. Attachment behavior and comparative research: A critical essay. *Suma Psicológica*, 7, 51-63.
- Clutton-Brock, J. 2012. Animals as domesticates: a world view through history.
- Cowles, K. V. 1985. The Death of a Pet: Human Responses to the Breaking of the Bond. *Marriage and Family Review*, 8, 135-148.
- Durkin, A. 2009. Loss of a companion animal: understanding and helping the bereaved. *Journal of Psychosocial Nursing and Mental Health Services*, 47(7), 26-31.
- El-Alayli, A., Lystad, Al., Webb, S., Hollingsworth, S. & Ciolli, J. 2006. Reigning Cats and Dogs: A Pet-Enhancement bias and its Link to Pet Attachment, Pet-Self Similarity, Self-Enhancement, and Well-Being. *Journal of Basic and Applied Social Psychology*, 28 (2), 131-143.
- Fox, R. M. 2006. Cultural geographies of pet-keeping.
- Friedmann, E., & Tsai, C-C. 2006. The Animal-Human Bond: Health and Wellness. In A. Fine (Ed.), *Animal-Assisted Therapy: Theoretical Foundations and Practice Guidelines* (2nd Ed), Pp. 95-117.
- GECAF (Grupo de estudio del comportamiento animal). 1988. Curso básico de comportamiento Animal. Colegio Veterinario Europeo de Etología Clínica.
- Gómez, L., Aterhortúa, C. & Orozco, S. 2007. La Influencia de las Mascotas en la Vida Humana. *Rev Col Cienc Pec*, 20(3), 377-386.
- Hunt, M. Y Padilla, Y. 2006. Development of The Pet Bereavement Questionnaire. *Anthrozoös*, 19(4),308-324.
- Irvine, L. 2008. *If you tame me: Understanding our connection with animals*. Temple University Press.
- Jofré, Lm. 2005. Visita Terapéutica de Mascotas en Hospitales. *Rev Chil Infectol*, 22(3)
- Johnson, R., Meadows, R., Haubner, J., & Sevedge, K. 2005. Human-Animal Interaction: A Complementary Alternative Medical (Cam) Intervention for Cancer Clients. *American Behavioral Scientist*, 47(1), 55-69.
- Johnson, J. 2009. Dogs, Cats, and Their People: The Place of the Family Pet and Attitudes about Pet Keeping.
- Katcher, A. H. 1993. El hombre y el entorno viviente: una excursión a través del tiempo cíclico. En A.H. Katcher & A.M. Beck (Eds.). *Los animales de compañía en nuestra vida. Nuevas perspectivas*. Barcelona: Fundación Purina.
- Kaufman, K.R. y Kaufman, N.D. 2006. And then the dog died. *Death Studies*, 30(1), 61-67.
- Llalla, H. 2012. Caracterización de la Tenencia de Mascotas y Evaluación de Conocimientos, Actitudes y Prácticas Asociadas a Riesgos de Zoonosis y Accidentes entre Escolares de Educación Secundaria en tres Distritos de Lima Metropolitana. Tesis de Maestría. Perú: Universidad Peruana Cayetano Heredia. P. 75
- McConnell, A., Brown, C., Shoda, T., Stayton, L. & Martin, C. 2011. Friends with Benefits: On The Positive Consequences Of Pet Ownership. *J Pers Soc Psychol.*, 101(6), 1239-1252.
- Meyers, B. 2002. Disenfranchised Grief and The Loss of an Animal Companion.
- Meza-Dávalos, E. G. M., García, S., Gómez, A. T., Castillo, L., Suárez, S. S., & Silva, B. M. 2008. El proceso del duelo. Un mecanismo humano para el manejo de las pérdidas emocionales. *Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas*, 13(1), 28-31.
- Odendaal, Js. 2000. Animal Assisted Therapy: Magic or Medicine. *J Psychosom Res*, 49, 275-80.
- Oropesa, P., García, I., Puente, V. & Matute, Y. 2009. Terapia Asistida con Animales como Fuente de Recurso en el Tratamiento Rehabilitador, 13 (6).
- Planchon, L.A., Templer, D.I., Stokes, S., & Keller, J. 2002. Death of a Companion Cat or Dog and Human Bereavement: Psychosocial Variables. *Society and Animals*, 10, 93-105.
- Podrazik, D., Shackford, S., Becker, L., & Heckert, T. 2000. The Death of a Pet: Implications dor Loss and Bereavement Across the Lifespan. *Journal of Personal and Interpersonal Loss*, 5, 361-395.
- Quackenbush, J. Y Graveline, D. 1984. Helping People to Adjust to the Death of a Pet. *Health Social Work*, 9, 42- 48.
- Robinson, I. 1995. *The Waltham book of human-animal interaction: Benefits and responsibilities of pet ownership*. Tarrytown, NY: Elsevier Science Inc.
- Serpell, J.A. 2008. *In the Company Of Animals: A Study Of Human-Animal Relationships*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sharkin, B. And Knox, D. 2003. Pet Loss: Issues and Implications for The Psychologist. *Professional Psychology: Research and Practice* 34(4): 414-421.
- Soares, R., Jaime, Vs. & Fioravanto, Mcs. 2006. Terapia Asistida por Animais (Taa): Um Tema Atual para o Médico-Veterinario. *A Hora Veterinaria*, 26 (152), 55-58
- Staats, S., Sears, K., & Pierfelice, L. 1991. Teachers' pets and why they have them: An investigation of the human-animal bond. *Journal of Applied Social Psychology*, 36, 1881-1891.
- Toray, T. 2004. The human-animal bond and loss: Providing support for grieving clients. *Journal of Mental Health Counseling*, 26, 244-259.
- Walsh, F. 2009. Human-Animal Bonds I: The Relational Significance of Companion Animals. *Family Process*, 48, 462-480.
- Wood, L., Giles-Corti, B. & Bulsara, M. 2005. The Pet Connection: Pets as a Conduit for Social Capital. *Soc Sci Med*, 61, 1159-1173.
- Wrobel, T. A. And Dye, A. L. 2003. Grieving Pet Death: Normative, Gender, and Attachment Issues. *Omega: Journal of Death and Dying* 47(4): 385-393.

